Newsletter quincenal
Edición 2 - Vol. 30

20 de agosto 2021

¿Qué pasa en los Estados Unidos?

Edición Especial

EN ESTE NÚMERO

Editorial – Después de Kabul

100 años del Partido Comunista Chino (PCC), EEUU y América Latina

De Braden o Perón a Pfizer o glaciares: tres cuartos de siglo de antiamericanismo en la Argentina

Fronteras

Una actualización de las relaciones entre México y Estados Unidos

Los primeros 30 números

Algoritmos, fake news y posverdad: el cóctel que hace tambalear a las democracias… ¿y atrae al autoritarismo?

EDITORIAL

POR CESCOS

La tragedia que conmueve a los Estados Unidos y al mundo debe analizarse desde dos ámbitos separados. Por un lado, ha sido una decisión razonable y realista establecer una hoja de ruta para abandonar Afganistán. Esta hoja de ruta era, tácita o explícitamente, bipartidaria. Esta decisión bipartidaria partía de un reconocimiento de la incapacidad de los Estados Unidos de llevar a buen puerto una política factible de "Nation Building". No queda claro si es hoy posible para la mayor democracia liberal en la historia de la humanidad impulsar y establecer instituciones democráticas en un lejano escenario autoritario y represivo, pero es seguro que eso no ha sido posible ni lo será en Afganistán.

Sin embargo, una cosa es tomar una decisión estratégica correcta y otra distinta es implementarla en forma tan poco profesional. Desde la caída de Kabul el pasado domingo 15 de agosto la improvisación ha estado explícitamente presente en las decisiones y los comentarios realizados tanto por el respetado (al menos hasta ahora) Secretario de Estado Anthony Blinken como por el Asesor para la Seguridad Nacional Jake Sullivan, el Secretario de Defensa Lloyd Austin y, entre otros, el General Mark Milley. El único funcionario que parece haber estado a la altura es el vocero del Pentágono, John Kirby, quien ha respondido en forma precisa a las incisivas y difíciles preguntas de los periodistas acreditados (por ejemplo, aquí: https://to.pbs.org/3z3C9EP). El presidente Joe Biden apenas ha dejado su residencia de vacaciones en Camp David para realizar un polémico discurso donde buscó responsabilizar a la administración anterior, a la ineptitud y corrupción del gobierno afgano de Ashraf Ghani y a la falta de patriotismo de las fuerzas armadas de ese país que, por cierto, han sido entrenadas y financiadas a lo largo de 18 años por el gobierno americano. Biden no aceptó preguntas posteriores a su exposición y ello, inevitablemente, ha vuelto a poner en cuestión su real capacidad de mando frente a escenarios complejos de alta presión. Más aún, la propia vicepresidenta Kamala Harris no ha logrado posicionarse como un actor influyente en decisiones estratégicas de política exterior.

Así, es difícil aceptar que el Departamento de Estado no sepa con exactitud cuántos ciudadanos americanos se encuentran varados en Kabul y en otras partes del interior del país. Tampoco parecen saber cuántas son realmente las personas que han trabajado en forma muy cercana a los funcionarios americanos involucrados en el fallido intento de "Nation Building". Esto es incomprensible en tanto desde 2018 la administración Trump había comenzado la negociación para salir del país y ya en enero de 2020 había acordado con los distintos actores involucrados la fecha de mayo de 2021 como fecha límite. Por ende, todos los involucrados sabían que ante una hipotética captura del poder por parte del Talibán los miles de afganos relacionados con Washington serían fácilmente detectados y castigados. Semejante nivel de ineptitud no puede no tener consecuencias. Es sorprendente (e intolerable) que hasta el momento (jueves 19 de agosto) ningún funcionario de alto o medio rango haya renunciado u ofrecido renunciar. Probablemente sea esta otra consecuencia negativa de la polarización que atraviesa a una parte importante de la sociedad americana que lleva a que la defensa de los propios funcionarios trascienda a su eficiencia para posicionar a su identidad partidaria e ideológica como factores y virtudes principales.

En tres semanas se cumplirán 20 años del atentado terrorista contra las Torres Gemelas y el edificio del Pentágono en Washington. Retrospectivamente es posible sostener que Estados Unidos ha ganado la guerra contra el terrorismo y ha perdido la batalla contra las sociedades cerradas en aquel intento noble pero

ingenuo de universalizar la democracia liberal. La salida de Afganistán representa cabalmente ambas situaciones: el triunfo contra Al Qaeda y la derrota simbólica contra el Talibán.

100 AÑOS DEL PARTIDO COMUNISTA CHINO (PCC), EEUU Y AMÉRICA LATINA

POR IVAN WITKER

¿Qué clase de desafío supone el régimen chino para los EEUU y América Latina? No es uno de carácter marxista sino de carácter leninista. Esto significa que es un desafío pragmático más que ideológico. La experiencia revolucionaria china es autóctona y nunca ha buscado replicarse. Por ejemplo, el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Proletaria han sido capítulos muy locales. El mismo carácter nacional se observa en la transformación de una China campesina (fundada por Mao) a una abierta al mundo (gestionada por Deng) a la China tecnológica y policial (de Xi Jinping). Ninguna de aquellas etapas ha tenido, hasta ahora, correlato externo.

*"Es más bien un **Partido Comunista, con un fuerte nacionalismo y administrador de un capitalismo de Estado**, que, como todo capitalismo, busca la prosperidad. En este caso, la de ellos. Esto significa que **el logro emblemático de estos cien años, es haber conectado ese instrumento de poder** con su historia milenaria"*

Hace 50 años, Henry Kissinger desapareció en el aeropuerto de Rawalpindi, Pakistán, a bordo de un avión que despegó sin destino informado ni siquiera a la torre de control. Horas más tarde fue recibido por el premier chino, Chou En-Lai en Pekín, inaugurando así un encuentro histórico entre EEUU y China continental. Fue un viaje ultra-secreto, por el vuelco histórico que significaría para la Guerra Fría en las décadas siguientes. En su planificación intervinieron muy pocas personas. Se ha conocido posteriormente que ni siquiera los titulares de los ministerios de Relaciones Exteriores estaban al tanto. Desde entonces, China ha ido ocupando un lugar cada vez más relevante en los asuntos internacionales y conocida es su ambición de desplazar a EEUU como máxima potencia mundial a mediados de este siglo. Por de pronto, la rivalidad se ha trasladado incluso a la exploración espacial. En ese andar persistente, ha sido fundamental el Partido Comunista, que acaba de celebrar su propia efemérides, 100 años.

En la actualidad, China plantea muchas interrogantes. No son pocos los que ven en Pekín una opción que equilibra la vida política internacional, especialmente frente a Washington. También están los pragmáticos, interesados en sus yuanes. Otros miran con recelo un esquema hegemónico distante, peligroso y enigmático. Después de todo, su eje central es el Partido Comunista.

Sin embargo, poco se conoce sobre el significado real de la ideología en el modelo chino.

Chris Patten, el agudo observador político y último gobernador británico de Hong Kong, ha escrito muy lúcidamente sobre China. Sus memorias, First Confession: a Sort of Memoir, son extraordi-

-narias Patten suele tocar el tema de la ideología y estima que ese régimen poco o nada tiene de marxismo, y sí mucho de leninismo. Aunque aparentemente contradictoria, es una afirmación certera. El marxismo fue más bien una teoría de la evolución social, en tanto que el leninismo, una clara teoría de la acción política. Para Patten, en la China de hoy no se registran ni siquiera sedimentos de marxismo, aunque sí muchísimo de leninismo.

Por ello, resulta algo ocioso elucubrar qué tan comunista es la China de hoy. Lo central y asombroso es que, utilizando un formidable instrumento de hegemonía llamado Partido Comunista (con 95 millones de miembros), está a punto de tener un poder efectivamente global. En tal perspectiva, cabe interrogarse más bien sobre el peligro real, o irreal, que exporte su modelo, y, si su influencia en América Latina, será algo relativamente marginal, como ocurrió durante el enfrentamiento soviético-estadounidense, o bien se limitará a nuevas formas de expoliación.

Una primera premisa para entender la eventual peligrosidad china es que su modelo de desarrollo es inexportable.

A diferencia del soviético, el cual probablemente por influencias intelectuales propias de la época en Europa, buscó crear réplicas en miniatura en diversas partes del mundo (para ello creó la Internacional), la experiencia revolucionaria china es autóctona y nunca ha buscado replicarse. Ni siquiera durante el maoísmo.

Pese a estar influidos inicialmente por el mismo Stalin, a través de su amigo y especialista en historia oriental, Grigori Woytinski, quien creó las primeras células en Shanghai hace 100 años, Mao y sus cercanos tomaron estas ideas y las adaptaron. Por eso, el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Proletaria son capítulos muy locales. El mismo carácter nacional se observa en la transformación de una China campesina (fundada por Mao) a una abierta al mundo (gestio-nada por Deng) a la China tecnológica y policial (de Xi Jingping). Ninguna de aquellas etapas ha tenido correlato externo.

Ni siquiera en la época de Mao, cuando surgieron por toda América Latina los Partidos Comunistas Bandera Roja, hubo intentos por coordinarlos. Aún más, los desconoció por completo si las circunstancias lo ameritaban. Quien firma este breve ensayo tuvo la oportunidad de escuchar directamente al general peruano Edgardo Mercado Jarrín, canciller y premier de Velasco Alvarado, una interesante e ilustrativa anécdota ocurrida durante su entrevista con Mao en Pekín. Por especial encargo de su Presidente le solicitó al gran timonel desactivar los innumerables grupos maoístas de estudiantes universitarios peruanos deseosos de copiar la arcadia revolucionaria del campesinado chino y que ya comenzaban a causar estragos en vastas zonas rurales del Perú. Ante un asombrado Mercado Jarrín, Mao no sólo los desconoció, si no lo invitó (mediante gesto manual) a triturarlos.

Este es un buen ejemplo de cómo ven los chinos (comunistas) el mundo de las ideologías en Occidente y cuán pragmáticos se mueven. Es más bien un Partido Comunista, con un fuerte nacionalismo y administrador de un capitalismo de Estado, que, como todo capitalismo, busca la prosperidad. En este caso, la de ellos.

Esto significa que el logro emblemático de estos cien años, es haber conectado ese instrumento de poder con su historia milenaria. El leninismo, como sugiere Patten, vino a empalmar con las narraciones históricas de dominio. Es una herramienta para asuntos domésticos. Por lo mismo, para provocar un cambio en el orden mundial, no necesitan exportar su modelo.

Ello no obsta que hoy veamos en América Latina una buena cantidad de políticos, de todos los signos, muy motivados a un buen entendimiento con Pekín. Aquí surge la segunda premisa: el vínculo entre China y América Latina reúne

efectivamente las condiciones para alterar el equilibrio histórico a nivel hemisférico, pero eso dependerá de la lupa con que EEUU mire al resto del continente y de los acomodos al interior de las elites latinoamericanas.

A muchos dirigentes latinoamericanos les encantan las tres maneras que tiene el capitalismo de Estado chino para expandirse. Uno es el usado en Africa, ilustrado por Zimbabwe y Djibuti. En el primero con esa fascinante política pragmática extrema,“Don´t tell, don´t ask”, que los lleva a no opinar ni intervenir aunque ocurran las cosas más atroces. En el segundo, explotando las realidades geopolíticas para instalar bases en ultramar. Otro es el usado en los Balcanes y en varios países latinoamericanos, agitando el yuan como principal instrumento de persuasión. Es decir, inversiones cuantiosas en los ámbitos más inimaginables, préstamos y créditos tan generosos que doblegan a cualquiera. Y, finalmente, les atrae que Pekín no permitirá jamás delegar actos soberanos en organismos supranacionales; una lógica muy fácil de extenderla el día de mañana para dar cobijo a quienes consideren digno de un gesto por encontrarse incómodos en sus propios países.

Cuesta divisar a qué puede apostar Chile, máxime en la situación de asedio que vive su democracia. Es evidente que un imaginario nacional inclinado a replicar experiencias nórdicas o neozelandesas es incompatible con las políticas chinas. Numerosos casos demuestran que en materia de dominio externo, los chinos no se andan con jugarretas. No toleran que las democracias critiquen sus asuntos internos, ni menos apoyen a sus disidentes. Fueron muy duros cuando se le dio el Nobel de la Paz a Liu Shaobo, un prisionero de conciencia, al punto de interrumpir sus compras de salmón a Noruega.

Y ni hablar de los incordios generados en torno al Dalai Lama o al movimiento pro-democracia en Hong Kong o cuando se dan gestos con Taiwan, la diminuta isla democrática reclamada para sí aunque el emperador Kangxi haya ofrecido venderla en el siglo 17 a los neerlandeses, por no considerarla china. El virulento impasse desatado con Australia a propósito del origen del COVID es otra clara muestra de lo que significa no tomar en serio el juego en las grandes ligas de la política mundial.

Como bien esboza Patten, son demasiados los indicios que el mundo post-COVID verá irrumpir con fuerza una nueva Guerra Fría. China estará por un lado. Las democracias liberales de Occidente, Japón y algunos más, por el otro.

IVAN WITKER

PhD Universidad Carlos IV (República Checa), académico Anepe y Universidad Central de Chile, Senior fellow de CESCOS.

DE BRADEN O PERÓN A PFIZER O GLACIARES: TRES CUARTOS DE SIGLO DE ANTIAMERICANISMO EN LA ARGENTINA

POR SEBASTIÁN DATES

El antinorteamericanismo se ha consolidado a lo largo del siglo XX en gran parte de América Latina. Sin embargo, en muy pocos lugares ha sido tan profundo como en Argentina. Ello se explica por una inicial competencia entre estos dos países prósperos a principios del siglo XX que, consecuentemente, tenían una vocación por liderar. En el presente esa particular concepción antinorteamericana de una vasta mayoría de los argentinos refleja en cambio el brutal estancamiento de una sociedad frustrada.

*"Esa **irracional competencia con los Estados Unidos por la supremacía continental**, así como las teorías conspirativas y fantasías que generó a lo largo del tiempo, terminó produciendo una **crisis de identidad tan profunda** que, paradójicamente, llevó a varios **gobiernos argentinos a alinearse con estados que promueven valores opuestos a los occidentales**."*

Cuando tenía doce años, en pleno auge de los videoclubs, con mis hermanas solíamos alquilar una película de Disney cada semana. Cuando llegó el turno de "Los tres caballeros", no pude disimular mi decepción. Argentina había quedado fuera de ese trío de amigos formado por los Estados Unidos, Brasil y México. Siempre me pregunté cuál habría sido la razón para que Argentina no hubiese sido considerada suficientemente "amiga" de los Estados Unidos, a los ojos de Disney, para tener un rol protagónico en la película. Ta vez fuese porque pensaban que tenía rasgos culturales menos marcados que los otros dos países latinoamericanos. Tal vez, por la cuestión demográfica: Brasil y México tenían –y tienen aún- mucha más población que la Argentina. O tal vez, haya otra explicación.

El film animado fue estrenado en 1944, en pleno apogeo de la II Guerra Mundial. Brasil y México ya habían exhibido su apoyo a los aliados: Brasil fue el único país sudamericano en enviar tropas, mientras que México fue un importante abastecedor de petróleo a los Estados Unidos durante la Guerra, y sufrió las consecuencias. Varios barcos mexicanos fueron hundidos en el Golfo de México por las fuerzas alemanas. Argentina, en cambio, le declararía la guerra al Eje recién en marzo de 1945, a escasos meses de su finalización.

En ese año, 1945, el enfrentamiento entre el embajador de los Estados Unidos en Argentina, Spruille Braden, y el entonces Coronel Juan Domingo Perón alcanzó su punto culminante, a través de la sonora campaña impulsada por el militar argentino: "Braden o Perón". Las paredes de Buenos Aires estaban empapeladas de afiches con esa supuesta dicotomía. Hoy, setenta y seis años más tarde de ese enfrentamiento, parecemos estar viviendo una nueva campaña de antiamericanismo, resumida en otra falsa dicoto-

-mia implícitamente impulsada por algunos sectores del oficialismo: “Pfizer o glaciares”. La pregunta a formularnos es, por lo tanto, ¿de dónde surge ese sentimiento antiamericano, tan arraigado en algunos sectores de la política y la sociedad argentina, que los lleva a tomar decisiones irracionales en materia de política exterior, política económica e, incluso, política sanitaria?

Tal vez la desafortunada frase del Presidente Alberto Fernández sobre el origen de los argentinos, los mexicanos y los brasileños contenga algunas pistas para responder a esta pregunta (la frase fue “Los mexicanos descienden de los indios, los brasileros de la selva y nosotros, los argentinos, descendemos de los barcos”). A pesar de la torpeza injustificable de la frase, en algo tenía razón Fernández cuando intentó defenderse al sostener que la metáfora utilizada tiene cierto predicamento entre los argentinos. Y es que buena parte de ellos, históricamente, se ha sentido “diferente” a sus vecinos latinoamericanos, como herederos no solo de una genealogía distinta sino, además, de un legado cultural eminentemente europeo. Se han sentido siempre un bastión de Europa y, por lo tanto, de Occidente en América. En el imaginario local, el único país que podría disputarle esa supuesta preeminencia es los Estados Unidos. Desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del XX, la Argentina se perfilaba como la segunda economía americana, llegando incluso a superar a los Estados Unidos en renta per cápita en los años 1895 y 1896. Es por eso que tantos emigrantes europeos dudaban a cuál de los dos destinos emigrar antes de subirse a los célebres “barcos” de los que, según su presidente, los argentinos descienden.

Hacia la década del 40´, muchos sectores nacionalistas comenzaron a abonar la fantasía de que Estados Unidos había despojado a la Argentina de su destino de grandeza y su hegemonía continental. Tal vez haya que ahondar, asimismo, en el nacionalismo ultracatólico para encontrar las raíces de esa aversión al país norteamericano y a los pueblos anglosajones en general que tienen algunos sectores de la sociedad argentina. El rastro de la anglofobia argentina nos lleva ineludiblemente al Imperio Español primero y luego al Imperio francés y su rivalidad con la Gran Bretaña, condensada en la conocida metáfora: la “pérfida Albión” para aludir a Inglaterra y la idiosincrasia de su pueblo. Tanto el nacionalismo español como el francés buscaron contraponer la fe católica de sus habitantes a la inmoralidad de las sociedades anglosajonas y protestantes. La fobia al capitalismo, hoy rebautizada por la izquierda populista como el neoliberalismo, tiene gran parte de su génesis en esa vinculación histórica entre la falta de escrúpulos del libre mercado, que conduce irremediablemente a la explotación de los pueblos, frente a la misericordia a las sociedades mayoritariamente católicas. Esa idea conspirativa contra los pueblos libres del sur fue incorporada a la narrativa peronista. Rápidamente, comenzó a instalarse la creencia de que los Estados Unidos no solo le habían usurpado su destino manifiesto a la Argentina, heredera por antonomasia de la civilización occidental en América, sino que, además, buscaba subyugarla mediante prácticas comerciales desleales y abusivas.

Amparados en las teorías de la dependencia y en los términos desiguales del intercambio, comenzaron a tejer la idea de que, primero Gran Bretaña, y luego sus mejores discípulos, los Estados Unidos, se aprovechaban de la noble y misericordiosa Argentina, a través de un capitalismo salvaje, ejercido por sus empresas transnacionales, en especial, por aquellas dedicadas a actividades extractivas, como el petróleo o la minería, para llevarse las riquezas de los sometidos pueblos de Argentina y América Latina. En contrapartida, les vendían productos industrializados de mayor valor que mediante políticas dirigistas podían ser reemplazados localmente a través de un proceso de sustitución de importaciones. El Peronismo soñaba con una

Argentina industrial. Y cuanto más pesada fuese esa industria, mejor. La Argentina estaba destinada a construir automóviles, barcos, aviones, centrales nucleares. En ese sentido, uno de los grandes perdedores del modelo industrialista fue el campo. Y las consecuencias de ese desprecio perduran hasta nuestros días en la visión prejuiciosa y hasta peyorativa que tiene el gobierno sobre el sector agropecuario.

La visión conspirativa del imaginario nacionalista de mitad del siglo XX incluía también a la clase terrateniente, la "oligarquía", a quienes representaban como aliados de los intereses de las grandes potencias y únicos beneficiarios de ese intercambio comercial desigual, destinado a generar dependencia y a subsumir a la Argentina y a Latinoamérica en un conveniente subdesarrollo sin fin, funcional a oscuros intereses capitalistas y colonialistas. Los términos "cipayo" o "vendepatria", acuñados en esa época, permanecerían en boga desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Sin ir más lejos, hay mucho de esa visión conspirativa en el relato oficial acerca del fracaso de la negociación con Pfizer por las vacunas contra el Covid-19. Se advierte, por ejemplo, en el intento de condicionar la importación de vacunas a la existencia de un socio local que, en el mejor de los casos, compense el intercambio desigual que implica adquirir las vacunas a una multinacional con fines de lucro a valor dólar, así como también en la fantasiosa expresión "a cambio nos pidieron los glaciares". Esta fantasía se encuentra emparentada, a su vez, con aquella otra conspiración según la cual hay oscuros intereses primermundistas que buscan apropiarse del agua dulce de la Argentina y la región, profundizando el expolio y la desigualdad del intercambio.

Esa irracional competencia con los Estados Unidos por la supremacía continental, así como las teorías conspirativas y fantasías que generó a lo largo del tiempo, terminó produciendo una crisis de identidad tan profunda que, paradójicamente, llevó a varios gobiernos argentinos a alinearse con estados que promueven valores opuestos a los occidentales. Durante la segunda mitad del siglo XX, y más profundamente desde comienzo del siglo actual, hemos visto como Argentina se ha alineado cada vez más con países como China, Rusia o Cuba. La incapacidad argentina de asumir realistamente su condición periférica, en términos de Carlos Escudé, la ha llevado a abandonar su herencia occidental para alinearse con algunos de los más acérrimos rivales de Occidente en términos de valores y de principios. La crisis de identidad argentina se traduce, a su vez, en una política exterior errática y contradictoria, a partir de la cual coquetea con países enfrentados a los intereses occidentales pero al mismo tiempo recurre a los Estados Unidos o la Unión Europea en busca de apoyo para las negociaciones con sus acreedores y su crisis económica y sanitaria.

El grado de negación de los sectores antinorteamericanos es tan elevado que llegan al extremo de pasar por alto o justificar cuestiones tan innegociables como la violación de los Derechos Humanos, la falta de democracia, la persecución política y hasta la aniquilación de las minorías en los países que consideran aliados. Al mismo tiempo, niegan cuando no cuestionan abiertamente los asuntos que los Estados Unidos y su sistema político, aun con sus falencias, ha logrado resolver, como la pobreza, la desigualdad, el acceso a la educación y, más recientemente, una campaña de vacunación contra el Covid verdaderamente democrática y universal que ha llegado, incluso, a inocular a ciudadanos extranjeros, incluidos muchos argentinos, y hasta ha donado vacunas a países en vías de desarrollo, como la propia Argentina. Este doble estándar no le hace nada bien a la relación bilateral con los Estados Unidos ni a las perspectivas de una inserción inteligente de la Argentina en el mundo. Por el contrario, la aísla cada vez más a nivel continental y global.

La Argentina es un país que pasó en poco más de cien años de ser uno de los países más ricos del mundo a tener a casi la mitad de su población sumida en la pobreza. Las perspectivas para los próximos años no son muy alentadoras. Mientras algunas naciones aplicaron estrategias de vacunación que les permiten con altibajos aspirar a declarar el fin de la pandemia y proyectar un crecimiento económico sostenido, la Argentina eligió una estrategia sanitaria contaminada de una visión ideológica llena de prejuicios extemporáneos, enraizados en sus más neuróticos complejos y creencias. La perspectiva para los próximos meses y años es incierta, lo que impide prever una salida de la crisis sanitaria y económica. Esta lección debería servir al menos para abrir un debate y dejar atrás rivalidades y rencores que no se condicen con una política exterior basada en relaciones maduras y constructivas con potencias como los Estados Unidos y la Unión Europea, de las que deberíamos ser aliados ineludibles.

Esto no implica coincidir en todo, pero sí en aquellas cuestiones que para ellas son estratégicas y no negociables. Lejos de implicar una claudicación, refuerzan nuestra identidad y nuestra condición de herederos del legado de Occidente y sus valores, como la Democracia, los Derechos Humanos y el respeto por las minorías. Hasta tanto la Argentina no asuma su esencia y abandone su política errática, será difícil retomar la senda del crecimiento económico con inclusión social al que aspiramos desde hace ya demasiados años.

SEBASTIÁN DATES

Licenciado en Ciencia Política (Universidad de San Andrés)

RELACIONES INTERNACIONALES

FRONTERAS

POR VIRGINIA DELISANTE

La frontera es un lugar que ha transformado su significado en las dos últimas décadas tanto por la profundización del comercio y las migraciones como por la aparición de un terrorismo global y radicalizado. El atlántico norte ha sido un espacio clave donde esta combinación se ha asentado y complejizado.

*"**Cerrar fronteras y reforzar controles a determinado grupo de personas no resuelve el problema** que se pretende atacar sino que **pretende calmar ansiedades** generadas por las narrativas que surgen del discurso y la falta de información que maneja el electorado"*

Introducción

Las fronteras son espacios variables, líneas imaginarias que separan, en este caso, dos Estados soberanos o dos territorios, dónde termina uno y comienza el otro. El siglo XXI parece haber puesto el foco político en las fronteras, en ambos márgenes del océano. Siendo precisos, las fronteras no eran cuestionadas, ni tan politizadas hasta los años 90 del siglo XX.

Abrir cada vez más las fronteras al comercio puso un problema sobre la mesa que rápidamente se relacionó con la seguridad: la migración. A su vez, son las fronteras terrestres y marítimas las que han tomado mayor protagonismo frente a la frontera aérea que parecería tener una mayor estabilidad y efectividad en el control fronterizo.

Europa

En un continente cuyo mapa ha cambiado en el último siglo no menos de tres veces, las fronteras externas toman un cariz fundamental a la hora de definir una identidad común en una Europa políticamente decidida a mantenerse unida. A lo largo de todo el proceso de construcción europeo, las fronteras externas han ido variando y con ellas los intereses sobre sus controles y limitaciones ***(1)***.

Si bien el Acuerdo de Schengen (1985) comienza teniendo como propósito fundamental facilitar el comercio, darle fluidez al minimizar los controles fronterizos internos en el territorio de la Unión Europea (UE), su mayor logro será, con el Convenio Schengen de 1990, la libre circulación de personas. Eliminar los controles en las fronteras internas supuso un refuerzo en los controles de las fronteras externas. Cada Estado controlaría su frontera externa por los otros Estados miembros, ya no solo por sí. Esto supuso

armonizar los controles y discutir el problema migratorio. Es en este momento que la migración comienza a ser tratada como un problema en el continente, ligado a la seguridad. Primero a la seguridad laboral, a la seguridad cultural, idiosincrática para luego ganar centro en el discurso securitario antiterrorista. Las víctimas también fueron variando. En los convulsionados años 90´, tras la caída del muro de Berlín y la "cortina de hierro", el desesperado regreso de la otra Europa hizo temer, al lado occidental, una marea migrante de europeos del Este que duró hasta entrado el siglo XX. Para la crisis del 2009 ya se veía crecer el número de inmigrantes que cruzaban el Mediterráneo para alcanzar las costas italianas o españolas, cuyo origen era sobre todo africano. Con la crisis de acogida de refugiados de 2015 se llegó a un hito, siendo aquí los sirios los más afectados y Grecia otra puerta de entrada con una presión creciente.

En las últimas dos décadas la respuesta siempre ha sido reforzar los controles migratorios en la frontera (UE), incluso externalizarlas (Francia, Dinamarca), o construir muros (Hungría). El control oficial del Mare Nostrum se ha militarizado protegiendo el líquido muro que separa África de Europa, mientras las acciones humanitarias de salvataje han quedado en manos de ONG´s a las que los propios países de primera línea complican en su labor.

Estados Unidos

La historia aquí es distinta. La relación con la frontera en Estados Unidos es históricamente una relación compleja en el sur, en su frontera con México, pero que ha mantenido cierto equilibrio permitiendo una entrada de mano de obra que el país necesita. Estados Unidos tuvo un hito, que también lo fue para todo el mundo occidental, en los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Estos ataques securitizaron las fronteras al máximo. Fue la base sobre la cual se apoyaron políticas fronterizas muy duras en las siguientes dos décadas, incluso con Barak Obama, hasta la medida focalizada de Trump de restringir (inclusive impedir), la migración desde países musulmanes y a musulmanes (Executive Order 13769).

Los Estados Unidos han construido, desde los años 90, una fuerza policial que controla por tierra, aire y mar, la frontera norteamericana, aumentando de manera formidable desde 2001 no solo sus efectivos, sino también sus prerrogativas: "The control of immigration is now defined principally in terms of national security and public safety, and the combined border forces have become the largest and the most active federal police forces in terms of arrest and prosecution" (SCHAIN, 2019:110).

La tendencia aquí, frente al aumento de la presión migratoria en la frontera sur, ha sido incrementar recursos. Estados Unidos tiene, además, un número significativamente mayor de inmigrantes ilegales que el territorio europeo lo que explica también la diferencia en la distribución de recursos en cuanto al control fronterizo, y a pesar de estar en su mayoría concentrados en solo seis Estados, más de cuarenta han desarrollado políticas para influenciar la política federal de ingreso al país (SCHAIN, 2019:223).

Reflexiones finales

Tomando el strategyc act de T. Balzacq (2005) ***(2)***, el discurso político se ha ido adaptando al público objetivo, siempre con fines electorales, sin tomar en cuenta lo que los números indican en términos de inmigración, inmigración ilegal ya sea partiendo desde narrativas religiosas identitarias o contra el terrorismo islámico, que, en definitiva, apunta igualmente a una religión. Los ataques terroristas en ambas regiones permitieron controles fronterizos más restrictivos, estigmatizando a los musulmanes en general. Sin embargo, Alex Nowrasteh, en su estudio "Terrorism and Immigration" ***(3)*** apunta que la chance de ser asesinado en los Estados Unidos por alguien que no sea un terrorista extranjero es

252,9 veces mayor que sufrir un ataque por un terrorista extranjero, y si sacamos el ataque terrorista del 11 de setiembre, más del 90% de personas muertas en ataques en los Estados Unidos lo es a manos de native-born Americans, concluyendo que la tendencia a cerrar fronteras o imponer moratorias a determinados grupos de personas solo ha llevado a tener mayores costos que beneficios. Esto puede plantearse en la Unión Europea ya que en los sucesivos ataques desde 2015 en adelante, la mayoría de los terroristas fueron nacionales o binacionales, muy pocos de inmigrantes recientes. Cerrar fronteras y reforzar controles a determinado grupo de personas no resuelve el problema que se pretende atacar sino que pretende calmar ansiedades generadas por las narrativas que surgen del discurso y la falta de información que maneja el electorado.

(1) "Europa es una noción incierta, que nace del barullo, con fronteras vagas y geometría variable. Lo primero que vemos es una entidad geográfica muy bien definida por fronteras marítimas en sus tres cuartas partes y un límite arbitrario, los montes Urales, al Este...lo que queda claro parecería ser más una península occidental de Asia que llamamos continente por incontinencia del lenguaje." Así comienza a "Pensar Europa" Edgar Morín en su libro sobre la metamorfosis de un continente, en 1987.

(2) El startegic act del discurso opera a nivel de persuasión usando metáforas, emociones, estereotipos, silencios, incluso mentiras, para alcanzar su objetivo (Blazacq, 2005:172).

(3) El estudio incluye un periodo de 40 años, desde 1975 a 2015, incluyendo los ataques terroristas de 2001.

VIRGINIA DELISANTE

MA Estudios Internacionales; Profesora Departamento de Estudios Internacionales Universidad ORT Uruguay

UNA ACTUALIZACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS

POR RENÉ BOLIO

La relación entre los Estados Unidos y México ha sido traumática y profunda a lo largo de más de 200 años. Se han superado viejos problemas pero han aparecido nuevos desafíos que deben ser enfrentados hoy por dos líderes que generan interrogantes.

*"La **relación entre ambas naciones ha sido sumamente intensa**, con problemas muy serios, pero con una profundidad que se debe analizar. Al día de hoy los **problemas binacionales son: El narcotráfico, la migración y la inseguridad**"*

Cuando en 1776 los Estados Unidos obtienen su independencia, la Nueva España formaba parte del imperio español, el más grande de la época, que contribuyó de manera importantísima a la causa de los norteamericanos con dinero, armas y soldados. Las 13 colonias fueron expandiéndose al oeste, y mediante compras, guerras y negociaciones, llegaron así a tener frontera con la Nueva España.

En 1819 se suscribe el tratado Adams- Onís, entre los Estados Unidos y España, para fijar los límites territoriales, que tuvo vigencia por algunos años. Cuando México se declara independiente, el 27 de septiembre de 1821, los EEUU serán de los primeros en reconocer la independencia y enviar embajador al nuevo país, que nacería como Imperio Mexicano.

México derroca al emperador Iturbide y decide copiar el modelo norteamericano en casi todos los sentidos, incluso adopta el nombre que hoy, oficialmente, tiene: Estados Unidos Mexicanos. Su constitución, división territorial y métodos democráticos se copiaron sin adaptación, y México entró en una vorágine de inestabilidad.

En 1836, colonos norteamericanos a los que se les había permitido trabajar en Texas, deciden declarar la independencia de México. El entonces presidente mexicano, Santa Anna, va en persona a tratar de combatir y es derrotado y obligado a firmar en la prisión el reconocimiento de la independencia tejana.

Los Estados Unidos serán los únicos en reconocer a Texas como país independiente, mientras esperan las condiciones internas para su anexión, solicitada de inmediato por los mismos tejanos. Para 1847, el presidente norteamericano Polk

decide anexarse Texas y, a la vez, declarar la guerra a México, invadiéndolo por todos los frentes.

Ya invadido México, muy dividido internamente, y con fuerzas tecnológicamente inferiores, hizo que se firmara un tratado en el que México, con un ejército invasor en su capital, le cede la mitad de su territorio a los Estados Unidos.

Más tarde comprarán aún aun otro pedazo de México, y la influencia y dominio norteamericanos con la doctrina Monroe, se vuelve una losa para una nación ya muy destrozada. Cuando se instaura el segundo imperio mexicano, con el emperador Maximiliano apoyado por Francia, la guerra civil americana está en plenitud, pero en cuanto ésta concluye, envían armas, dinero y tropas para derrotar al imperio mexicano, a cambio de concesiones muy onerosas para México.

A fines del siglo XIX comienza la modernización de México, y le surte de materias primas a la enorme industria norteamericana. Para 1910, los americanos deciden apoyar una revolución, a cargo de Francisco Madero, que durará más de 17 años. En este periodo revolucionario, el ejército americano invadió sin motivo el puerto de Veracruz y mandó una fuerza de 10,000 hombres a Chihuahua para buscar, infructuosamente, a Francisco Villa.

Así pues, los agravios de los Estados Unidos habían generado un anti americanismo en México, que se concreta en 1938 con la expropiación de la industria petrolera, mayormente norteamericana. En la segunda guerra mundial, México se involucra por única vez en una guerra externa y se integra a los aliados.

Las economías mexicana y norteamericana se integraron mucho más y, después de una crisis económica terrible en los años 80, se firmará un Tratado de libre comercio que entró en vigor en 1994 (conocido como NAFTA).

Dicho tratado permitió que las economías de Estados Unidos, México y Canadá se integraran en un bloque muy importante, y México obtuvo un crecimiento mediocre, pero sostenido, hasta que este tratado fue modificado en el 2019, manteniendo la integración de los 3 países firmantes. La pandemia y la mala administración del presidente Andrés Manuel López Obrador han hecho que el crecimiento sea ahora negativo.

La relación tan integrada que tienen ambos países se percibe en la población: decenas de millones de mexicanos viviendo en el país del norte y cerca de 2 millones de norteamericanos viviendo en México.

La cultura ha hecho que se permee en ambos lados de la frontera y ya hay una fuerte influencia mexicana en el norte y americana en el sur. Así, la nación mexicana recibe de sus paisanos en Estados Unidos más de 40,000 millones de dólares al año. El idioma español es el segundo más hablado en Estados Unidos y el inglés es el segundo más hablado en México. El turismo entre ambos países es enorme y la frontera terrestre más transitada del mundo se encuentra entre Tijuana y San Diego.

Con estos datos, la relación entre ambas naciones ha sido sumamente intensa, con problemas muy serios, pero con una profundidad que se debe analizar. Al día de hoy los problemas binacionales son: El narcotráfico, la migración y la inseguridad.

López Obrador (AMLO) llegó al poder en el 2018 y durante dos años fue sumamente sumiso, como nunca nadie antes, con el presidente Donald Trump. Sin embargo, esto cambiaría de manera notoria con el actual presiente Biden, al cual fue el último mandatario en felicitar, y las declaraciones agresivas contra Estados Unidos, alineándose con los comunistas latinoamericanos, marcan un cambio radical en el lenguaje y en las intenciones

de México con respecto al poderoso vecino del norte.

Para la política internacional norteamericana tanto México como el resto de Latinoamérica ha descendido mucho en la jerarquía de sus problemas, siendo asuntos marginales que no se atienden, lo cual ha provocado un desequilibrio regional ya que el vacío dejado por los norteamericanos ha sido cubierto por China, Rusia y los demás aliados indeseables de Cuba, Venezuela y Nicaragua.

Las intenciones declaradas de AMLO (básicamente, reforzar una integración latinoamericana que excluya a los Estados Unidos), con un lenguaje ya más hostil y con la violación del recién firmado tratado comercial, auguran un distanciamiento que se podría agudizar en los próximos meses. Es que el gobierno de López Obrador necesita justificar sus fracasos y nadie mejor que el vecino y socio para culpar de los problemas provocados por su pobre administración.

RENÉ BOLIO

Presidente de la Comisión Mexicana de Derechos Humanos. Profesor universitario. Ex senador mexicano

LOS PRIMEROS 30 NÚMEROS

Hoy me siento honrado de compartir estas líneas con los lectores de nuestro Newsletter "¿Qué pasa en Estados Unidos?" Esta no es una edición más. No solo porque hemos llegado a las 30 ediciones (y créanme que se lo difícil que es sostener un esfuerzo editorial constante sin perder de vista la calidad, actualidad y pertinencia de sus contenidos, en un marco de natural escasez de recursos económicos), sino porque desde CESCOS hemos acompañado esta publicación con un crecimiento institucional probablemente sin precedentes en el tiempo que estamos desarrollando nuestra actividad.

CESCOS nació a mediados de 2018 con el objetivo de reflexionar y elaborar propuestas en torno a los desafíos que enfrentan las sociedades abiertas en occidente. Con la sombra del "Brexit" en el Reino Unido y la elección de Trump en los Estados Unidos parecía empezar una era de desafíos sin precedentes para el conjunto de valores y principios que desde la posguerra el mundo se había dado a sí mismo para ordenarse y convivir. El tiempo parece darnos la razón.

Así es que estas páginas han analizado en detalle las elecciones en Estados Unidos que llevaron a Biden a la presidencia, los acontecimientos de violencia racial y política ocurridos en el 2020, la situación de la pandemia, la economía, la sociedad, las artes entre otros aspectos de la sociedad norteamericana. Así como también hemos trabajado en diversas áreas y en diferentes proyectos.

Hoy, además de festejar estas 30 ediciones, nos complace anunciarles a todos nuestros fieles lectores que a partir de setiembre de este año estaremos inaugurando nuestra oficina en Miami, Estado Unidos. El anuncio no podíamos hacerlo en otro lugar que no fuera en este espacio dedicado, justamente, al análisis de la realidad norteamericana.

Aquel proyecto que empezamos en 2018 hoy es una realidad. La pasión y la dedicación rinde sus frutos y hoy tenemos un camino recorrido que habla por nosotros y otros horizontes desafiantes que se abren y que abrazaremos con la misma dedicación y responsabilidad de siempre pero, además, con gran entusiasmo.

La región presenta enormes y palpitantes desafíos. La democracia y la libertad se ven amenazadas en varios países de nuestra América. Nos duelen los procesos que se llevan adelante en Cuba, Venezuela y Nicaragua. Nos interpelan los estallidos sociales que ocurren en Chile y Colombia. Nos asombra la polarización política en Estados Unidos. Nos preocupa la situación económica de varios de nuestros países luego de la pandemia de Covid-19 y sus repercusiones en las sociedades y en la fortaleza de las instituciones democráticas.

Estos, entre otros, son los temas que nos ocupan y por eso decidimos estar aún más cerca de los acontecimientos. Seguimos convencidos que el aporte de una discusión de alto nivel en un marco de tolerancia y de respeto es el único remedio para las rupturas que se vienen dando en occidente y en particular en nuestra región. Desde la sede en Miami seguiremos aportando a esta idea de que las sociedades abiertas, donde reina la libertad, el flujo de ideas y en donde las diferentes corrientes de pensamiento se expresan en plenitud, siguen siendo los mejores lugares para crecer y desarrollarse. Con sus miserias y debilidades las democracias liberales le han dado a occidente décadas de crecimiento, bienestar y desarrollo a las más variadas comunidades de todo el planeta. Y nos proponemos ampliar lo más posible este mensaje.

Hoy nuestras sociedades viven en la frustración, el descontento y el descreimiento. Hoy la libertad no es una idea, un concepto, que embandere a las

mayorías. En ese marco, como lo vemos en nuestra región, pero también en Europa, Asia, Oceanía y África, los discursos redentores aparecen en escena prometiendo la solución de problemas de forma automática y casi mágica. Sin embargo, justo es decirlo, todos esos discursos encierran la pérdida de libertades. En mayor o menor medida pero sin excepción, ofrecen seguridad a cambio de libertad.

CESCOS desde su fundación promueve y promoverá, defiende y defenderá, la libertad. Y esto que parece muy poco o muy poco original, se ha convertido en el tema central de Occidente y en particular en el tema central de nuestra región.

Así es que desde estas páginas, desde nuestros diferentes proyectos de investigación, desde nuestros distintos canales de comunicación, desde nuestros eventos, conferencias y debates, a través de asociaciones con las más prestigiosas instituciones académicas del mundo y, ahora, desde nuestra sede en Miami, seguiremos trabajando para ser una referencia en la lucha y la defensa de las libertades que no es más que la defensa de nuestro modo de vida.

De mi parte agradezco la oportunidad y responsabilidad que me ha dado la institución para llevar adelante esta ampliación de CESCOS que encararé con orgullo y con la más absoluta dedicación.

¡Muchas gracias! Y por varios 30 números más…

LEONARDO MARTÍN

Director de Programas de CESCOS

ALGORITMOS, FAKE NEWS Y POSVERDAD: EL CÓCTEL QUE HACE TAMBALEAR A LAS DEMOCRACIAS… ¿Y ATRAE AL AUTORITARISMO?

POR BELISARIO FERNÁNDEZ FUNES

Las sociedades complejas generan tal cantidad de noticias que contribuyen a profundizar determinados círculos viciosos de desinformación. En medio de esta saturación, la manipulación informativa se ha convertido en una aliada tácita de proyectos autoritarios.

*"La tesis de Applebaum en relación a una **"predisposición autoritaria" de determinados sectores en detrimento de las democracias liberales** tiene un sustento conceptual muy **aplicable a la dinámica actual de consumo de información**"*

En su obra The Twilight Of Democracy: The Seductive Lure Of Authoritarianism, Anne Applebaum (2020) toma como punto de partido una investigación de Karen Stenner para hablar de la "predisposición autoritaria" que se ha dado de manera notoria entre 2015 y 2018 en sectores específicos de distintas sociedades democráticas en el mundo. El concepto ilustra una condición "mental", es decir que no necesariamente lleva a la acción, en la que individuos se ven de pronto atraídos a ideas y posiciones autoritarias debido a la simpleza y unidad en que son presentadas. Contrariamente, estos grupos se ven frustrados ante la diversidad de opiniones, por lo que la homogeneidad discursiva los hace sentir seguros.

Para comenzar a definir la naturaleza política que motiva a estos grupos, la pregunta que plantea la autora es: ¿por qué esta gente ha comenzado a reaccionar con rechazo ante lo complejo? Un primer argumento que menciona, a priori endeble y superficial, es la respuesta social ante las olas de inmigrantes que recibieron muchos países europeos producto de la Guerra de Siria en 2016, justificando esta reacción ante un supuesto arrebato a puestos de trabajo locales y casos aislados de terrorismo. Un segundo motivo es la creciente inequidad global y la pérdida del valor del salario, una tendencia común a la periferia de naciones con historias y clases sociales diversas, pero que tampoco pareciera justificar un cambio tan radical en la percepción política y actitudinal de grandes masas electorales.

Finalmente, lo que Applebaum comienza a reconocer como un motivo de justificación de esta nueva simpatía hacia el autoritarismo es la naturaleza discursiva actual en la que se lee, piensa, escucha y entiende la política. En esencia, la democracia evoca múltiples voces, opiniones y

argumentaciones, pero el elemento de disrupción es la modificación de paradigma que trajo la nueva revolución de las comunicaciones. Los diarios y canales de televisión en el pasado habían constituido la posibilidad de contar con una única conversación nacional. En la actualidad, en muchas democracias avanzadas no hay un debate ni una narrativa común, debido a que los algoritmos de las redes sociales y la falta de un consenso cívico de chequeo de información nos generan falsas percepciones del mundo. En efecto, al final los editores, tan señalados en el siglo pasado como "the gatekeepers of information" ("los guardianes de la información" y, por consiguiente, de la verdad), eran los responsables de un sesgo editorial que al menos no engañaba sistemáticamente a la ciudadanía.

Hay un foco de análisis para indagar en el rol de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs), en tándem con la posverdad, durante los escenarios de crisis; esto es, la dinámica de consumo en la que las TICs -aplicadas a social media o medios de comunicación- ya no necesariamente muestran los contenidos que "deberíamos" consumir, sino los que interpretan que "queremos" consumir. Según Eli Pariser, un activista de internet y autor del libro The Filter Bubble, Google cuenta con 57 filtros en su motor de búsqueda que explican por qué al googlear "Chile" a uno le aparecen ofertas a playas paradisíacas y a su compañero de trabajo le figuran noticias sobre revueltas sociales. Es el mismo proceso de pensamiento que denota cómo The New York Times y el Washington Post, por nombrar ejemplos, organizan la interfaz de experiencia del usuario y el orden de los títulos de acuerdo al criterio de noticiabilidad que consideran que le será de interés al navegador de turno. ¿Cuál es el beneficio para ellos en esto? Que nos mantienen conectados e interactuando con sus plataformas. No obstante, lo que es discutible es si son conscientes de que esto tiende a llevar hacia el ultrapartidismo.

Asimismo, los medios de debate cambiaron: en la actualidad, audios de amigos en un grupo de WhatsApp o memes irónicos en Facebook tienen el mismo peso (o, tal vez más) que un informe de investigación en un noticiero de televisión nacional. Antes pareciera que habían ambientes específicos para conversar de política (comida familiar, momentos de ocio en el trabajo, espacios académicos); contrariamente, la naturaleza transversal de los nuevos medios de consumo mantienen hoy la conversación abierta, de forma desorganizada y caótica, en todo momento. Esto desemboca en una sobreinformación diaria que explica el malestar de algunos individuos que sienten incomodidad ante lo complejo y la cacofonía de contradicciones. Y, en efecto, estos individuos frustrados con la crisis sanitaria, los movimientos extremistas y el racismo (por nombrar algunos problemas de agenda global) sentirán naturalmente entusiasmo ante el autoritarismo, un movimiento que propone certezas y orden.

El autoritarismo es un régimen de desmovilización y pluralismo limitado en donde no se permite ser opositor, pero en donde no hay que fingir apoyo. Hay hipocresía, ya que los individuos no se pueden manifestar deliberadamente, pero el apoyo al régimen no es condición necesaria para la supervivencia (en contraste con el totalitarismo, en donde un chiste de calibre antistanilista podía condenarte a morir en un campo de concentración). El grado de centralización del poder político, económico y cultural es sustancial (se intervienen empresas de manifestantes opositores), aunque menor que, por ejemplo, el régimen comunista de la Unión Soviética totalitaria en donde todas las esferas del poder estaban dirigidas por el partido, en gran medida encausado por una ideología absolutista que utilizaba a su favor los términos del movimiento marxista (con otra mirada, pero haciendo creer a la sociedad que era fiel a la literatura de Marx).

Ahora bien, el surgimiento de los movimientos que Applebaum menciona y las características con las que los describe, ilustrados en el populismo de derecha de Trump en Estados Unidos, es lo que en la literatura de las relaciones internacionales se define como autoritarismo competitivo (y, si el abuso del estado se acentúa aún más, como autoritarismo electivo). En otras palabras, es un autoritarismo disfrazado de democracia, en donde el estado anhela alcanzar una concentración de poder tan fuerte que permita eludir los procedimientos de las instituciones democráticas formales. A su vez, este régimen se caracteriza por el uso discrecional de instrumentos legales contra opositores, el acceso desigual al financiamiento político y a los medios y un grado bajo de competitividad (derecho a oponerse a quienes están gobernando) y de inclusividad (libertad del ciudadano para ejercer el derecho de ciudadanía individual y colectiva).

Específicamente, la autora plantea que los argumentos de la izquierda marxista y de la derecha cristiana se unieron y produjeron la retórica nostálgica de la campaña de Donald Trump. En palabras de Applebaum, a la convicción de pérdida de rumbo moral de la nación, la campaña bajo el eslogan de Make America Great Again le sumó "el cinismo de quien había acumulado frustraciones por sus negocios sin éxito por el mundo en sus años previos a la elección". El sesgo discursivo con el que se describe al último gobierno republicano norteamericano (haciendo hincapié en su simpatía personal hacia Vladimir Putin por hacer lo que fuera, incluso cometer asesinatos, en pos de alcanzar los objetivos de la Constitución), por momentos, le quita crédito a la matriz de análisis presentada. Al extrapolar a la Argentina la premisa inicial, en donde la sobreinformación y el uso desregulado de las tecnologías pudieron haber desencantado a un grupo de individuos en su percepción sobre la democracia liberal, surgen aristas interesantes de análisis que este ensayo se permite graficar con un ejemplo. En septiembre de 2018, ante la segunda corrida cambiaria del gobierno de Mauricio Macri, se difundió la información de que el gabinete completo del oficialismo se encontraba en la Quinta de Olivos repensando la estructura del ejecutivo y su esquema de ministros. Sin embargo, el posteo de un usuario anónimo en Facebook generó sorpresa y estupor: "Mientras vos confiás en tu presidente, él va a ver a Boca en su palco", decía la publicación acompañada de una foto del entonces presidente junto a su mujer, Juliana Awada, en La Bombonera. La publicación tuvo centenas de reacciones y comentarios de rechazo y enojo pero, entre medio de ese universo de trolls, un usuario brindó claridad con una simple línea: "Yo tampoco apoyo a Macri, pero miren, esta foto es de 2015", escribía junto a un enlace a una noticia tres años más longeva que efectivamente acreditaba que toda la noticia en cuestión se trataba de una fake news. ¿Qué sucedió entonces? Ni un solo usuario reaccionó ante ese comentario y la catarata de críticas al posteo inicial siguió incluso durante días.

El comportamiento que se entrevé por parte de los usuarios partidistas 2.0 en el ejemplo citado, que se introdujo a modo de ilustración y no porque hubiera marcado un precedente de algún tipo, tiene mucho en común con la masa crítica de apoyo a Vox, el partido español liderado por Santiago Abascal Conde que introduce Applebaum. Eran personas que, en ese momento particular en que aportaban su comentario aborreciendo al presidente que no los representaba, querían sentirse parte de algo grande y homogéneo para así dar unidad a un movimiento que pudiera moldear una realidad que los tenía agotados. Es decir, el paralelismo entre la tesis de conducta sociológica que la autora identificó entre los años 2015-2018 y la realidad vivida en ese período en Argentina, radica en el agotamiento de sectores específicos con respecto a los vicios de la democracia liberal. En este sentido, sería muy osada la hipótesis de que estos grupos estuvieran en verdad buscando un régimen

de características autoritarias, aunque sin lugar a dudas deseaban que quien viniera se encargara de poner orden.

En conclusión, la tesis de Applebaum en relación a una “predisposición autoritaria” de determinados sectores en detrimento de las democracias liberales tiene un sustento conceptual muy aplicable a la dinámica actual de consumo de información.

Sin embargo, a juicio de valor de este ensayo, lo que aún faltaría corroborar es si esa fatiga mental de los grupos en cuestión está vinculada estructuralmente al deseo de un nuevo régimen, en este caso el autoritarismo, o si se trata de un llano caso de rechazo a los gobierno de turno. Será cuestión de esperar, una vez más, a si se consolida un patrón o si se trataba de una mera (y subliminal) casualidad.

LIC.BELISARIO FERNÁNDEZ FUNES

Maestrando en Estudios Internacionales por la Universidad del CEMA Knowledge Management Supervisor en Mercado Libre

¿Te gustaría recibir el Newsletter en tu correo electrónico?

¡Suscribite acá!

Somos consciente de la cantidad de spam que se recibe a diario, por eso, realizamos un resumen de las principales noticias para que no te pierdas nada de lo que pasa en los Estados Unidos

EDITORES

Pedro Isern; Agustín Pizzichillo; Angelo Bardini; Lucía Salvini